

El Remedio Universal

NO. 834

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 4 DE OCTUBRE DE 1868,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN EL TABERNÁCULO METROPOLITANO, NEWINGTON, LONDRES.**

***“Por su llaga fuimos nosotros curados.”
Isaías 53:5.***

Recibí un día de esta semana un escueto comunicado que decía lo siguiente: “Se busca un remedio para una fe débil e insegura, especialmente para cuando Satanás quita la ganas de orar.” Ávidamente deseoso de prescribir algunos remedios para tales afecciones y para cualesquiera otros males que pudiesen vejar al pueblo del Señor, comencé a considerar cuáles eran los sagrados remedios para un caso como ese, y sólo puede recordar uno: “Las hojas del árbol eran para la sanidad de las naciones.” Nuestro Señor Jesús es un árbol de vida para nosotros, y por ‘hojas’ yo supongo que el Espíritu Santo quiere decir: los actos, las palabras, las promesas y las aflicciones leves de Jesús, todos los cuales son para la sanidad de Su pueblo. Luego vino a mi mente un texto afín: “Por su llaga fuimos nosotros curados.” No solamente Sus heridas sangrantes ayudan a sanarnos, sino inclusive las contusiones de Su carne; no sólo la obra de los clavos y la lanza ayuda a curarnos, sino la cruel tarea de la vara y del látigo.

De entre toda esta multitud de creyentes, no hay nadie que esté completamente libre de algunas enfermedades espirituales; alguien pudiera decir: “Mi enfermedad es una fe débil”; otro pudiera confesar: “Mi dolencia es entregarme a pensamientos divagantes”; otro pudiera exclamar: “Mi mal es la frialdad de mi amor”; y una cuarta persona pudiera tener que lamentar su impotencia en la oración.

Un remedio universal no bastaría para curar todas las enfermedades en el plano natural; en el instante en que el medicucho comienza a pregonar que su medicina lo cura todo, ustedes pueden suponer sagazmente que no cura nada. Pero en las cosas espirituales no sucede lo mismo, pues hay una panacea, hay un remedio universal que es provisto en la palabra de Dios para todas las enfermedades espirituales a las que puede estar sujeto el hombre, y ese remedio está contenido en las exiguas palabras de mi texto: “Por su llaga fuimos nosotros curados.”

I. Entonces, esta mañana voy a invitarlos a considerar, antes que nada, LA MEDICINA QUE ES PRESCRITA AQUÍ: los azotes de nuestro Salvador. No se trata de azotes que deben ser aplicados a nuestra propia espalda, ni de torturas infligidas en nuestras mentes, sino del dolor que Jesús soportó por cuenta de quienes confían en Él. El profeta entendía

aquí, sin duda, que la palabra “llaga” significaba, primero, literalmente, esos azotes reales que cayeron sobre los hombros de nuestro Señor cuando fue flagelado por los judíos y cuando fue posteriormente azotado por la soldadesca romana.

Pero la intención de las palabras va más allá de eso. No hay duda de que, con su ojo profético, Isaías veía los azotes que provenían de un látigo invisible blandido por la mano del Padre, que no caía sobre la carne de Jesús, sino sobre Su naturaleza más noble e íntima, cuando Su alma era azotada por el pecado, cuando la eterna justicia era el arador y cavaba profundos surcos en Su espíritu, cuando el látigo era descargado con una fuerza terrible, una, y otra, y otra vez, sobre el alma bendita de Aquel que fue hecho por nosotros maldición, para que fuésemos hechos justicia de Dios en Él. Yo entiendo que el término “llaga” abarca todos los sufrimientos físicos y espirituales de nuestro Señor, con especial referencia a esos castigos de nuestra paz que precedieron, más bien que causaron, Su muerte expiatoria por el pecado; es por esas heridas que nuestras almas son sanadas.

“Pero, ¿por qué?” dirás tú. Pues bien, primero, porque nuestro Señor—como ser sufriente—no era una persona privada, antes bien, sufría como un individuo público y como un representante designado. Tus pecados, en un cierto sentido, concluyen en ti mismo; pero los pecados de Adán no podían terminar en él, pues ante Dios, Adán representaba a la raza humana, y todo lo que él hiciera, acarrearía sus calamitosos efectos sobre todos sus descendientes. Ahora, nuestro Salvador es el segundo Adán, la segunda cabeza federal y el representante de los hombres, y todo lo que Él hizo, y todo lo que Él sufrió, habría de ser para provecho de todos Sus representados. Su santa vida es la herencia de Su pueblo, y Su muerte cruenta, con todos sus dolores y congojas, pertenece a quienes Él representaba, pues ellos efectivamente sufrieron en Él y en Él ofrecieron una vindicación a la justicia divina. Nuestro Señor fue designado por Dios para ocupar el lugar de Su pueblo. Había sido emitido el decreto que sancionaba Su sustitución, de tal manera que cuando pasó al frente como el representante de los hombres culpables, Dios lo aceptó, habiéndolo escogido anticipadamente para ese preciso fin.

Así que, entonces, amados, no debemos olvidar nunca que todo lo que Jesús soportó, le sobrevino, no en el carácter de un individuo privado, sino que recayó sobre Él como el grandioso representante público de todos los que creen en Él. De aquí que los efectos de Sus dolores se nos apliquen a nosotros y con Su llaga seamos nosotros curados. Su sangre, Su pasión y Su muerte hacen expiación por cuenta nuestra y nos libran de la maldición, mientras que Sus contusiones, Sus punzantes dolores y sus azotes, constituyen un remedio incomparable que alivia nuestras enfermedades—

***“Contemplan cómo cada una de Sus heridas
Destila un precioso bálsamo,***

***Sana las cicatrices que el pecado ha dejado,
Y remedia todas las dolencias mortales.”***

Tampoco hemos de olvidar nunca que nuestro Señor no era meramente hombre pues, de lo contrario, Sus sufrimientos no habrían podido servir para la multitud de personas que ahora es sanada por ellos. Él era Dios y era también hombre; y el más misterioso y el más maravilloso de todos los hechos es que Dios fuera manifestado en carne, y visto de los ángeles, y que en la carne el Hijo de Dios muriera real y ciertamente, y que fuera enterrado, y que permaneciera tres días en el sepulcro. La encarnación, con su secuela posterior de humillación, ha de ser creída y aceptada como un despliegue siempre memorable de condescendencia: el Salvador se humilla desde el más excelso trono de gloria hasta la cruz de la más profunda aflicción; ni los querubines ni los serafines pueden medir esa poderosa distancia; las alas de la imaginación se agotan al intentar cubrir esa tremenda distancia. Ustedes tienen que considerar que cada azote que cae sobre nuestro Emanuel, no cae simplemente sobre un hombre, sino sobre Uno que es coigual y coeterno con el Padre. Aunque la Deidad no sufrió, con todo, estaba en una unión tan íntima con la humanidad que infundió un poder sobrenatural en Su cuerpo humano y, sin duda, le proporcionó un prodigioso valor sobreabundante ante Sus crueles adversarios humanos. ¡Oh, con qué Roca contamos como nuestro apoyo—un Sustituto cubierto de contusiones—un Sustituto designado y aceptado por Dios; pero, además, el Sustituto mismo es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos, y por tanto, es capaz de soportar por nosotros lo que nosotros nunca habríamos podido soportar, excepto permaneciendo para siempre en el hoyo más profundo del infierno!

Hermanos, todos nosotros creemos que los sufrimientos de nuestro Salvador nos libran de la maldición, ya que Él fue presentado delante de Dios como nuestro sustituto por todo lo que debíamos a Su ley divina. Pero la *sanidad* es una obra que es llevada a cabo internamente, y el texto me conduce a hablar del efecto de las llagas de Cristo en nuestro carácter y en nuestra naturaleza, más bien que en el resultado producido en nuestra posición delante de Dios.

Sabemos que el Señor nos ha perdonado y nos ha justificado por medio de la sangre preciosa de Jesús, pero la pregunta de esta mañana más bien es: ¿cómo ayudan esos dolores y aflicciones a librarnos de la enfermedad del pecado que reinaba antaño en nosotros? Sin embargo, era necesario que yo mencionara primero el poder justificador de la sangre de Jesús, porque aparte de nuestra fe en Jesús como un sustituto y como alguien divino, sólo en Su ejemplo no habría poder para sanarnos del pecado. Los hombres han estudiado ese ejemplo y lo han admirado, pero han seguido siendo tan viles como antes. Han reconocido Su belleza, pero no se han enamorado de Su persona. Sólo cuando han confiado en Él como un ser divino, es que han llegado a sentir, posteriormente, la potencia de esas portentosas cuerdas de amor que Su ejemplo arroja siem-

pre en torno a los espíritus perdonados. Han aprendido a amar a Jesús y su admiración se ha tornado luego en algo práctico, pero la mera admiración, aparte del amor hacia Él y de la fe en Él, es sólo una fría y estéril luz lunar que no hace madurar ningún fruto de santidad.

Amados, los azotes de Jesús operan sobre nuestro carácter principalmente debido a que vemos en Él a un hombre perfecto que sufrió por ofensas que no eran las Suyas; vemos en Él a un glorioso Señor, que, por amor a nosotros se hizo pobre, siendo rico; reconocemos en Él al dechado del perfecto afecto desinteresado; vemos en Él una fidelidad que nunca podría ser sobrepasada cuando, a través de los dolores de la muerte, cumplió hasta el fin con el propósito de Su corazón: la salvación de Su pueblo; y al mirarlo a Él y estudiar Su carácter tal como es revelado por Sus aflicciones, nos vemos conmovidos por ello, y son destronados los males espirituales que nos gobernaban y, por medio del poder del Espíritu, la imagen de Jesucristo queda estampada en nuestra naturaleza. Muerto, Jesús nos justifica; contuso, Jesús nos santifica. Sus crueles azotes son nuestra purificación; Sus contusiones son golpes contra nuestros pecados; Sus llagas mortifican nuestras lascivias. Esto baste, entonces, en cuanto a la medicina que nos cura: es el sacrificio sustitutivo de Cristo según es entendido en nuestros intelectos y amado en nuestros corazones, y especialmente son esos incidentes de ignominia y crueldad que cubrieron Su muerte con una muy profunda lobreguez y que revelaron la paciencia y el amor del Sustituto.

II. Ahora les voy a pedir, por unos breves instantes, que contemplen LAS INIMITABLES CURACIONES OBTENIDAS POR ESTA NOTABLE MEDICINA.

Contemplan dos cuadros. Miren al hombre solo, sin el Salvador contuso; y luego contemplen al hombre ya sanado por las llagas de su Salvador. Yo les pido que miren al hombre, originalmente y aparte del Salvador. Desnudo, el hombre es arrojado del huerto del Edén, convertido en heredero de la maldición. En su interior yace oculto el cáncer letal del pecado. Si quisieran ver cómo el mal que mora en todos nosotros crece sobre la superficie, podrían contemplarlo pronto en todo su horror cerca de casa; una o dos calles podrían conducirlos al carnaval del pecado; aunque, tal vez, sería mejor que no vieran una escena tan corruptora. En los infiernos del juego, en las guaridas donde se congregan los borrachos y se reúnen los ladrones en medio de juramentos, de blasfemias y de lenguaje obsceno y actos lascivos, es allí donde el pecado acecha como un monstruo plenamente desarrollado. En el hombre natural, educado y moral, el pecado duerme aparentemente igual que una víbora enroscada; es algo que, en apariencia, no es digno de ser temido, algo apacible e indefenso como un pobre gusano; pero cuando se le permite al hombre hacer lo que quiere, muy pronto siente el diente de la víbora y el colmillo envenenado inocular toda su sangre, y ustedes ven la prueba de su letal

veneno en pecados notorios y abundantes; los hombres quedan cubiertos con las manchas visibles de la iniquidad, de tal manera que el ojo espiritual puede ver en el carácter la lepra plenamente extendida, y todo tipo de abominaciones peores que la podredumbre de las enfermedades más mortales de la carne que brotan constantemente de sus almas. Si pudiéramos ver al pecado tal como es considerado ante los ojos del Eterno que todo lo discierne, estaríamos más sobrecogidos ante el espectáculo del pecado que ante una visión del infierno, pues hay algo en el infierno que la pureza aprueba, ya que es la vindicación de la justicia; es la justicia triunfante; pero en el pecado mismo hay abominación y sólo abominación; es algo que no concuerda con el sistema entero del universo; es un efluvio nocivo que resulta peligroso para toda vida espiritual; es una plaga; es una peste llena de peligros para todo lo que respira. El pecado es un monstruo, es algo abominable, es algo que Dios no está dispuesto a mirar y que los ojos puros sólo pueden contemplar con un supremo aborrecimiento. Un mar de lágrimas es el medio adecuado a través del cual el cristiano debería mirar al pecado.

Si quisieras ver qué puede hacer el pecado, sólo tienes que mirar con ojos iluminados dentro de tu propio corazón. ¡Ah, cuánta malicia merodea allí! Tú odias el pecado, hermano mío; yo sé que lo odias desde que Cristo te visitó con la aurora de lo alto; pero, a pesar de todo tu odio al pecado, has de reconocer que todavía acecha en tu interior. Tú que odias la envidia, encuentras que eres envidioso; te descubres albergando severos pensamientos para con Dios, tú que lo amas y entregarías tu vida por Él; te ves de pronto provocado a la ira contra el propio amigo a cuyo llamado entregarías alegremente todo tu ser. Sí, por culpa del poder del pecado hacemos aquello que no quisiéramos hacer y el pecado nos degrada y envilece; no podemos mirar en nuestro interior sin vernos sobrecogidos por la bajeza a la cual desciende nuestra mente en secreto. Si deseas ansiosamente ver al pecado en toda su plenitud, acércate y contempla allá abajo el abismo insondable. Escucha esas abominaciones blasfemas. Si tienes el valor, escucha esos gritos entremezclados de miseria y pasión que suben de Tofet, de las moradas de los espíritus perdidos. Allá el pecado está maduro; aquí está verde. Aquí vemos su oscuridad como sombras del atardecer, pero allá es diez veces de noche. Aquí esparce tizones, pero allá sus conflagraciones inextinguibles llamean por los siglos de los siglos. ¡Oh!, si tuviéramos gracia para ser libres del pecado ahora, esa liberación nos salvaría de la ira venidera. El pecado, en verdad, es el infierno, es el infierno en embrión, es el infierno en esencia, es el infierno ardiendo, es el infierno emergiendo de la concha; el infierno no es sino el pecado manifestado y desarrollado en plenitud. Ponte a las puertas de Tofet y entiende cuán maligna es la enfermedad para la cual el cielo ha provisto el remedio de los azotes del Unigénito.

Ahora, amados, yo les dije que les mostraría el remedio, pero sólo he hablado débilmente de la enfermedad misma para hacerles ver, por contraste, la grandeza del cambio. Observen, amados, ustedes que han creído en Jesús, observen qué cambio han obrado en ustedes los azotes; ¡cuán diferentes han sido desde la amada hora que los postró a Sus pies! En verdad, en su caso, en lugar de la zarza ha crecido el ciprés, y en lugar de la ortiga ha crecido el arrayán. Ustedes, que antes eran ciegos esclavos de Satanás, ahora son hijos dichosos de Dios. Las cosas que una vez amaron, aunque Dios las aborrecía, ustedes las detestan también ahora de todo corazón; la mente de Dios y la de ustedes concuerdan ahora en cuanto a lo que es oscuridad y luz; ustedes ahora ya no sustituyen la una por la otra. ¡Cuán cambiados están! Son nuevas criaturas; están vivos entre los muertos. ¿Y qué ha obrado eso? ¿Qué, sino la fe en el Crucificado y la contemplación de Sus heridas?

Sin embargo, querido amigo, la curación está muy lejos de ser perfecta en ti; si tú quisieras contemplar la perfecta salud espiritual, mira hacia allá, a aquellos ejércitos vestidos todos con mantos blancos que jubilosos son sin mancha delante del trono de Dios; escrútalos exhaustivamente y comprobarás que son sin mancha; deja incluso que el ojo que todo lo ve se pose sobre ellos, pero no se descubre ni mancha ni arruga ni cosa semejante. ¿Cómo es eso? ¿Fueron lavadas esas vestiduras hasta quedar blancas como la nieve, habiendo sido tan inmundas una vez? Ellos responden con música gozosa: “Hemos lavado nuestras ropas y las hemos emblanquecido en la sangre del Cordero.” Pregúntenles dónde se originó su victoria sobre el pecado que moraba en ellos—

***“Ellos, al unísono,
Atribuyen sus victorias al Cordero
Y sus conquistas a Su muerte.”***

Todos ellos te dirán que la perfecta curación que han recibido y que hoy disfrutan delante del trono de Dios, es el resultado de la pasión del Salvador. “Con su llaga,” dicen millares de millares con una voz que es tan potente como el trueno y que es tan dulce como arpistas que tañen sus arpas: “Por su llaga fuimos nosotros curados.”

III. Ahora, amados hermanos, quiero que noten en detalle, pero a la vez, muy brevemente, para no cansarlos, LAS DOLENCIAS QUE ESTA PORTENTOSA MEDICINA SUPRIME. No voy a intentar leerles una lista completa de dolencias, pues son más numerosas de las que pudiera contar, pero aunque sean muchísimas, no hay una sola que no pueda ser curada por los azotes de Jesús.

Quisiera recordarles primero que la gran raíz de todo mal—*la maldición* que cayó sobre el hombre a través del pecado de Adán—ya ha sido eficazmente suprimida. Jesús la asumió, y fue hecho maldición por nosotros, y ahora no puede caer ninguna maldición sobre ninguno de aquellos por quienes Jesús murió como un Sustituto. Son los benditos del Señor, sí, y serán benditos sin importar que el infierno los maldiga. La

maldición ha agotado su furia; como una tormenta que una vez amenazó con barrer todo lo que estuviera a su paso pero que ha amainado ahora, la ira divina ha pasado y los aguaceros de la misericordia la están reemplazando, alegrando a los sedientos corazones. Hermanos, Cristo ya nos ha curado de manera sumamente eficaz de la maldición de Dios que pendía sobre nosotros.

Pero debo hablar ahora de enfermedades que hemos sufrido y que hemos lamentado, y que todavía turban a la familia de Dios. Una de las primeras enfermedades que fue curada por los azotes de Cristo fue *la manía de la desesperación*. Ah, recuerdo muy bien cuando yo pensaba que no había esperanza para mí. Mi corazón se preguntaba: ¿cómo es posible que mis pecados pudieran ser perdonados de manera consistente con la justicia de Dios? Planteaba a mi alma esa pregunta, una, y otra, y otra vez, pero no podía encontrar ninguna respuesta del interior; e incluso cuando leía la palabra—aunque estaba muy claramente allí—no percibía la respuesta a esa gran pregunta. Pero, amados, cuando entendí por primera vez que Jesucristo ocupó el lugar de quienes creen en Él, y que, si yo confiaba en Él, mis pecados serían todos perdonados por haber sido castigados en la persona de mi bendito Sustituto, entonces ya no tenía más motivo de desesperar; entonces escuché la palabra del Evangelio, y sentí: “Hay esperanza para mí, inclusive para mí.” Cuando entendí que no se esperaba nada de mí para mi salvación, sino que todo debía venir de Jesús; que yo no debía ser herido, ni debía ser conducido a sufrir, sino que Él había sido golpeado y había sido hecho sangrar por causa mía, y que mi vida debía ser encontrada en Su muerte y mi curación en Sus heridas, entonces brotó la esperanza—una ávida esperanza—y mi alma acudió a su Padre y a su Dios con amorosas expectativas.

¿No les sucedió lo mismo a ustedes? Amados, ¿pudieron tener alguna vez una consoladora confianza en Dios sin haber visto las llagas de Jesús? Si están envueltos en una paz que no provino de las contusiones de Cristo, yo les imploro que se deshagan de ella, pues es una presunción que seguramente los destruirá. La única paz segura, sólida y permanente que podría poseer jamás un palpitante pecho humano que jadea dolorosamente bajo la opresión del pecado, es la que surge de mirar al bendito Hijo de Dios que derramó Sus flujos vitales sobre el madero para que fuéramos salvados por Él. Los azotes de Cristo son el verdadero remedio contra la manía de la desesperación.

Luego, si experimentamos una dureza de corazón y se presenta una afección del alma bien conocida como *el corazón de piedra*, no podemos obtener la blandura excepto que nos quedemos largamente al pie de la cruz, sí, a menos que permanezcamos siempre allí. Cuando yo mismo me siento insensible a las cosas espirituales (y me avergüenza decir que no es un sentimiento inusual), cuando quisiera orar sin poder lograrlo, cuando quisiera arrepentirme sin poder hacerlo, cuando “si se siente algo

es únicamente el dolor de descubrir que no se puede sentir,” descubro siempre que no puedo flagelarme para volverme sensible a través de las amenazas de Dios o de los terrores de la ley; pero si acudo a la cruz como un pobre ser culpable, justo como lo hice hace años, y si creo que el Redentor ha quitado todos mis pecados, por negros que sean, y si creo que Dios no puede condenarme ni lo hará, por endurecido que esté, ¡ah!, el sentido del perdón comprado con sangre disuelve pronto el corazón de piedra. Yo no creo que haya algo que pueda derretir el hielo dentro de nosotros tan eficazmente ni que pueda deshacer los grandes glaciares de nuestra naturaleza interior tan rápidamente, como el amor de Jesucristo. ¡Oh, hombre, eso te ablandará! Creará un alma en el interior de las costillas de la muerte. Hay una energía secreta dentro del corazón sobre el cual está colocado el dedo de la mano crucificada, que hace que el alma despierte de sus sueños fatales. Cristo tiene la llave de la casa de David, y Él puede abrir la puerta de tal manera que ni el hombre ni el diablo pueden cerrarla, y de ese corazón abierto provendrán pensamientos piadosos, aspiraciones celestiales, pasiones sagradas y resoluciones de naturaleza celestial. El mejor remedio para la indiferencia se encuentra en los azotes de Jesús. Oh creyente, si miras las gotas de sudor sangriento, ¿no te derretirás? Si ves a Jesús siendo besado por el traidor, si lo miras cuando es arrastrado por la soldadesca, calumniado por testigos falsos, juzgado por crueles adversarios, abofeteado por los soldados, profanado por los escupitajos; si lo miras posteriormente acosado a lo largo de las calles de Jerusalén, y luego atado a la viga transversa; si lo contemplas derramando la sangre de Su vida bendita por amor a nosotros, Sus enemigos, si toda esta tragedia no te derrite, ¿qué cosa podría hacerlo? Oh Dios del cielo, si no sentimos ninguna ternura en la presencia de Tu Hijo moribundo, ¡nuestras almas han de estar construidas con un acero endurecido por el infierno!

A ratos los creyentes están sujetos a *la parálisis de la duda*, y como acaba de decirlo ahora mi amigo en su petición de un remedio, esa parálisis puede ir acompañada de *una rigidez de la articulación de la rodilla de la oración*; y cuando esas dos afecciones se juntan, entonces sufrimos una complicada enfermedad que no es fácil de prescribir; pero para el Señor es fácil hacerlo, pues vean aquí el remedio: “Por su llaga fuimos nosotros curados.” La sangre de Cristo es letal para la incredulidad. Una visión del Crucificado deja muda a la incredulidad, de tal manera que no puede expresar ni una sola palabra de cuestionamiento, en tanto que la fe comienza a cantar y a regocijarse al ver lo que hizo Jesús y ver cómo murió Jesús. ¿Quién no oraría al ver la sangre de Jesús sobre el propiciatorio? La consideración del nuevo camino viviente que Cristo ha abierto con Su sangre, una visión del velo del cuerpo del Salvador rasgado por Su muerte, como mínimo ha de inducir a los hombres a orar. Pienso que podría blandir argumentos que pudieran ser bendecidos para conducir a

los hombres a ponerse de rodillas, tales como el peligro de un espíritu desprovisto de oración, o la influencia enriquecedora del propiciatorio, o los deleites de la comunión con Dios, y muchas otras cosas, pero después de todo, si la cruz no pone de rodillas a un hombre, nada lo hará; y si la contemplación de los sufrimientos de Jesús no nos constriñen a acercarnos a Dios en la oración, ciertamente el propio remedio principal habría fallado.

Hay algunos santos que sufren de *aletargamiento de alma*: la llaga de Cristo es lo mejor para vivificarlos; la falta de vida parece en la presencia de Su muerte, y las rocas se rompen cuando la Roca de la Eternidad es vista como un escondedero para nosotros—

“¿Quién puede pensar, sin admirar?

¿Quién puede oír, sin sentir nada?

Ver expirar al Señor de la vida,

Y, con todo, ¿conservar un corazón de acero?”

Muchas personas están sujetas a *la fiebre del orgullo*, pero una visión de Jesús en Su humillación, sufriendo tal contradicción de pecadores, tenderá a hacerlas humildes. El orgullo depone su penacho cuando oye el grito: “¡He aquí el hombre!” En la compañía de alguien tan grandioso que soporta tan grande escarnio, no hay lugar para la vanidad.

Algunos están cubiertos con *la lepra del egoísmo*, pero si hay algo que puede impedir que el hombre lleve una vida egoísta es la vida de Jesús, que salvó a otros pero a Sí mismo no pudo salvarse. Los avaros y los glotonos y quienes se buscan a sí mismos no aman al Salvador, pues toda Su conducta los reprocha.

A algunos les sobreviene a menudo *el ataque de la ira*; pero ¿qué otra cosa podría proporcionar más mansedumbre de espíritu que la visión de Aquel que fue como un cordero enmudecido ante Sus trasquiladores, que no abrió Su boca ante la blasfemia y la censura?

Si alguno de ustedes siente *la agobiante tuberculosis de la mundanidad*, o *el cáncer de la avaricia*—pues enfermedades tan repugnantes como esas son comunes en Sion—los gemidos y aflicciones del Varón de dolores, experimentado en quebranto, comprobarán ser un remedio. Así como las sombras se desvanecen delante del sol, así también todos los males huyen delante del Señor Jesús. Maestro, átanos a Tu cruz; no temeremos ningún naufragio fatal si estamos sujetos allí. Líganos con cuerdas a los cuernos del altar; ninguna enfermedad puede acercarse allí pues el sacrificio purifica el aire. Salvador, si sólo pudiéramos tener Tu cruz ante nuestros ojos podríamos atravesar incólumes el infierno a pesar de su vapor pestilente. No sería posible que toda la blasfemia de los demonios y de los más viles de los hombres pudieran contaminar nuestros espíritus ni siquiera por un momento, si Tu sangre fuera rociada siempre sobre las tablas de nuestros corazones, y Tu profunda humillación estuviera siempre presente en nuestras mentes. El olvido de los azotes nos conduce a caer en la enfermedad, pero el dulce recuerdo de la

pasión y la bendita absorción en el misterio de la muerte del Señor, seguramente echarán fuera de nosotros todos los males e impedirán que retornemos a ellos de nuevo.

IV. Ahora debo proseguir a un cuarto punto. Observen cuidadosamente LAS PROPIEDADES CURATIVAS DE LA MEDICINA DE LA QUE HE-MOS ESTADO HABLANDO.

Ustedes han oído en detalle acerca de algunas de las enfermedades, así como también de su cura a gran escala; ahora observen las propiedades curativas de la medicina: este remedio divino obra todo tipo de bien en nuestra constitución espiritual. Cuando las contusiones de Jesús son apropiadamente consideradas, frenan el desorden espiritual. El hombre es conducido a ver que su Señor sufre por él, y una voz le dice a sus pasiones desbocadas: “Hasta aquí llegarán, pero no pasarán más allá. Aquí, en el Calvario, sus altivas ondas serán contenidas.” Mis pies casi resbalaron y mis pasos estuvieron muy cerca del desliz, pero la cruz de mi Señor estuvo ante mí como una barrera sumamente eficaz para detener mi caída. Muchos hombres han seguido avanzando en su mal con gran celeridad y sin ningún freno que pudiera ponerles algún poder, hasta que una visión del Hombre, del Hombre crucificado, apareció ante sus ojos, y fueron conducidos a hacer un bendito alto.

Lean la memorable vida del coronel Gardiner, pues lo que le ocurrió a él, literalmente, le ha ocurrido espiritualmente a decenas de miles de personas: se han alistado al servicio del pecado y han sido vendidas a Satanás, pero una visión del Salvador inmolado por los pecadores los ha obligado a hacer una pausa y, a partir de ese momento, no se han atrevido a ofender más. Ahora, es algo grandioso que un médico encuentre un remedio que mantendrá a la enfermedad contenida dentro de ciertos límites para que no alcance la peor etapa de malignidad; y esto es lo que hace la cruz de Cristo: ata con cadenas a la furia de la pasión profana. ¡Qué poder tan milagroso tienen los dolores de Jesús sobre el creyente! Aunque su corrupción está todavía en su interior, ya no puede tener dominio sobre él, pues ya no está más bajo la ley sino bajo la gracia. Es todavía un hecho más feliz que el pecado será en breve totalmente abolido, pero detenerlo mientras no sea erradicado no es de ninguna manera algo trivial.

A continuación, esta medicina *aviva todos los poderes del hombre espiritual para resistir la enfermedad*. “Por su llaga fuimos nosotros curados,” porque una visión de Jesucristo vivifica nuestra naturaleza nacida de nuevo. Nos prohíbe vivir al pobre ritmo agonizante que es tan natural a nuestra desidia. No podemos tener a Cristo ante nuestros ojos y proseguir nuestro camino al cielo adormecidos como si la obra espiritual fuera sólo un sueño, un mero juego de niños. Aquél que verdaderamente ha ido al pretorio donde Cristo fue azotado, y ha visto los torrentes de sangre que brotaban cuando golpeaban sus heridos hombros, y ha sentido

que todos debían ser merecidamente para él, experimenta que su pulso espiritual es vivificado y que toda su vida espiritual es sacudida. Este fuego ha ayudado a quemar al pecado para sacarlo fuera de su nido. Este poder dentro del alma ha montado una contraofensiva y ha hecho retroceder a los poderes de la iniquidad.

Los azotes de Jesucristo tienen también otro efecto curativo; *restauran al hombre la fuerza que perdió por causa del pecado*. Hay un poder restaurador en esta sagrada medicina. Él lleva mis pies descarriados de regreso a los caminos que abandoné, y el camino de regreso pasa por la cruz. Él restaura mi alma, y el alimento que me proporciona es su propia carne y sangre. Después de que el pecado nos condujera a la enfermedad y la enfermedad nos condujera a la debilidad, no hay un medicamento restaurador bajo el cielo que sea igual a vivir en un constante sentido cotidiano de los sufrimientos vicarios de Jesucristo. Nos anima Su dulce amor tan claramente mostrado en Sus tormentos en el Gólgota; sentimos que con un Salvador que siempre cuida de nosotros, no necesitamos alarmarnos.

Esta medicina también *alivia la agonía de la convicción*. La angustia del corazón desaparece cuando vemos que Jesús lleva el castigo de nuestra paz. Quien se acerca a la cruz de Cristo y confía en Él, siente que aunque el pecado está todavía presente en él y se lamenta por ello, hay un motivo de regocijo porque entiende que Cristo ha vencido a Sus enemigos, y los ha llevado cautivos, atados a las ruedas de Su carro. “Venceré,” dice, y no siente la intensidad de la presente lucha. “Mi pecado es quitado para siempre,” dice, pues Jesús murió, y no hay espacio para el remordimiento, o el terror o la desesperación. ¡Bebe del vino adobado del amor expiatorio y no recuerdes más tu miseria, oh, tú, heredero de la inmortalidad que estás cargado de pecado!

Pero lo mejor de todo es que la llaga de Cristo tiene *el poder de erradicar* el pecado. Lo arranca de raíz; destruye a las bestias en su guarida; mata al poder del pecado en nuestros miembros. Yo no sé cuán cerca de la perfección pueda ser llevado el creyente en esta vida, pero Dios no quiera que yo establezca algún bajo grado de gracia como el nivel de todo lo que un santo puede alcanzar de este lado de la tumba. Yo no me atrevo a limitar el poder de mi Señor en lo tocante a cuánto puede someter al pecado en el creyente, incluso en esta vida, pero yo no espero ser perfecto nunca mientras no me deshaga de esta caparazón mortal; sin embargo, el grandioso resultado es glorioso; nuestra herencia es la perfección absoluta; seremos liberados de la mas mínima tendencia al mal; no quedarán en nosotros más posibilidades de pecar de las que hay en la persona de nuestro Señor mismo. Seremos tan puros como el propio santo Dios trino, tan inmaculados como el Salvador siempre libre de pecado; y todo ésto será por medio de las llagas de nuestro Señor. Después de todo, la santificación es por la sangre de Cristo. El Espíritu Santo la reali-

za, pero el instrumento es la sangre. Él es el Médico, pero los sufrimientos de Cristo son la medicina. El pecado no es destruido nunca excepto por la fe en Jesús. Todas tus meditaciones acerca del mal del pecado, y todos tus temblores ante su castigo, y todas tus humillaciones de alma y las postraciones, no matarán nunca al pecado. Es en la cruz que Dios ha construido una horca poderosa en la cual cuelga al pecado para siempre, y lo mata; está allí, en el Gólgota, pero únicamente está allí. El gran lugar de la ejecución, el Tyburn de nuestra iniquidad, está allí donde Jesús murió.

Creyente luchador, debes recurrir a las agonías de tu Señor, y debes aprender a ser crucificado con Él para el pecado, pues de lo contrario nunca conocerás el arte de dominar tus bajas pasiones ni de ser santificado en el espíritu. He procurado descubrir de esta manera la fuerza curativa que radica en la llaga de Jesús.

V. Ahora, en quinto lugar, y muy brevemente —me temo que ustedes van a pensar que son demasiadas divisiones y muy pesadas, pero no puedo evitarlo—quiero que revisen por unos instantes LOS MODOS DE OBRAR DE ESTA MEDICINA.

¿Cómo actúa? Bien, brevemente, su efecto sobre la mente es éste: el pecador que oye acerca de la muerte del Dios encarnado es conducido, por la fuerza de la verdad y por el poder del Espíritu Santo, a creer en el Dios encarnado. En el instante en que el pecador cree, el hacha es puesta a la raíz del dominio de Satanás. Tan pronto como aprende a confiar en el Salvador designado, su curación da inicio efectivamente y será llevada en breve a la perfección.

Después de la fe viene la *gratitud*. El pecador dice; “yo confío en el Dios encarnado para mi salvación. Yo creo que Él me salvó.” Bien, ¿cuál es el resultado natural? Puesto que el alma está agradecida y llena de gratitud, ¿cómo podría evitar exclamar: “Bendito sea Dios por este don indecible”? “¡Bendito sea Su amado Hijo que tan gratuitamente entregó Su vida por mí!” Si el sentido de tal favor no engendrara gratitud, no sería algo natural en absoluto; sería incluso algo desprovisto de toda humanidad. La emoción que le sigue a la gratitud es *el amor*. ¿Ha hecho Él todo esto por mí? ¿Estoy bajo tales obligaciones? Entonces debo amar Su nombre. El propio pensamiento que sigue al amor es *la obediencia*. ¿Qué haré para agradar a mi Redentor? ¿Cómo puedo cumplir Sus mandamientos y honrar Su nombre? ¿No ves que el pecador está siendo sanado muy rápidamente? Su enfermedad consistía en que él estaba totalmente en discordancia con Dios, y se resistía a la ley divina, pero ahora ¡míralo! Con lágrimas en los ojos lamenta haber ofendido alguna vez; gime y se aflige por haber hecho clavar a un amigo tan amado, por haberlo sometido a tales dolores, y pregunta, con amor y sinceridad: “¿Qué puedo hacer para mostrar que me desprecio por el pasado, y que amo a Jesús a partir de ahora”? Luego da un paso adelante y arde de odio contra los pecados

que mataron al Señor. “¿Mataron a Cristo mis pecados? ¿Fue mi iniquidad la que lo clavó al madero? Entonces voy a vengarme de mis pecados; no voy a perdonar a ninguno de ellos. Aunque el pecado anide en mi pecho, lo voy a arrancar de allí, y si se atrincherara de tal manera que yo no pudiera echarlo fuera excepto teniendo que perder un ojo o un brazo, tendrá que salir de esa forma, pues no voy a albergar dentro de mi espíritu a ninguno de estos malditos pecados.” El celo sagrado y la ardiente indignación del hombre emiten ahora una orden de allanamiento y el individuo registra detalladamente su naturaleza para descubrir algún pecado, clamando mientras tanto: “Examíneme, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno.”

Ahora, amados, ¿no ven que los dolores de Jesús ponen a trabajar con potencia a todas las saludables facultades de la naturaleza nacida de nuevo, y aunque el pecado todavía permanezca en nuestro interior, hay una vitalidad que acompaña a la naturaleza nacida de nuevo que echará ciertamente fuera a esos poderes más viles, y, por la gracia de Dios, hará que el hombre sea apto para participar de la herencia de los santos en luz?

VI. Casi es innecesario que agregue algo más, excepto comentarles, en sexto lugar, que esta medicina merece ser recomendada para todos ustedes, debido a SU NOTABLEMENTE FÁCIL APLICACIÓN.

Les he mostrado cómo funciona, y qué males cura y a quiénes cura. Ahora, hay alguna *materia médica* que sería curativa, pero cuya administración es tan difícil y va acompañada de tanto riesgo en su operación, que raramente es empleada si es que alguna vez llegara a serlo; pero la medicina prescrita en el texto es muy simple en sí misma, y es recibida muy simplemente: tan simple es su recepción que, si hubiera una mente dispuesta a hacerlo, podría ser recibida por cualquiera de ustedes en este preciso instante, pues el Espíritu Santo de Dios está presente para ayudar a esa mente.

Entonces, ¿cómo logra un hombre que la llaga de Cristo lo sane? Primero, oye acerca de la llaga. Ahora, ustedes han oído a menudo acerca de los azotes de mi Señor. A continuación, la fe viene por el oír; esto es, el oyente cree que Jesús es el Hijo de Dios, y confía en Él para que salve su alma. Entonces, habiendo creído, lo siguiente es que siempre que el poder de su fe comience a relajarse, debe regresar a oír de nuevo, o debe recurrir a algo que es todavía mejor: después de haber oído para beneficio, debe recurrir a la contemplación; debe acudir a la mesa del Señor para recibir ayuda por medio de los signos externos; debe leer la Biblia, para que la letra de la palabra refresque su memoria en cuanto a su espíritu, y debe buscar con frecuencia una ocasión de quietud como la que tuvo David cuando se sentó delante del Señor, cerrando sus ojos y no dando cabida a ninguna otra cosa excepto a las cosas del cielo; debe ver

a Cristo gimiendo en el huerto, debe visualizarlo sobre el madero sangriento, sufriendo, y así debe obtener todo el beneficio que puede extraerse de los azotes del Crucificado.

Todo lo que tienes que hacer, pobre pecador, es simplemente confiar y serás sanado; todo lo que tú tienes que hacer, oh santo rebelde, es contemplar y creer de nuevo. Amados, debemos dejar que la vieja imagen sea sellada de nuevo sobre nuestra alma; debemos limpiar el cuadro, por decirlo así, pues había sido volteado con su frente hacia la pared; ahora tenemos que voltearlo otra vez y estudiarlo de nuevo. Renueva tu vieja amistad con el dulce amante de tu alma, regresa al amor de tus esposales, acude al Calvario, quédate en Getsemaní, vive con Jesús dondequiera que Él esté; en retiro, considerando, meditando, reflexionando en lo que Él ha hecho por ti. Este es el sencillo modo de aplicación.

VII. Todo lo que tengo que decir para concluir es que ya que la medicina es tan eficaz, ya que está preparada y ya que es ofrecida gratuitamente, les suplico QUE LA TOMEN.

Tómenla, hermanos, ustedes que han conocido su poder en años pasados. No permitan que continúen las rebeliones, antes bien, acérquense a los azotes de nuevo. Tómenla, ustedes que dudan, para que no caigan en la desesperación; acérquense a los azotes otra vez. Tómenla, ustedes que están comenzando a confiar en ustedes mismos y a ser altivos. Ustedes necesitan esto para postrarse rostro en tierra delante de su Señor. Y, oh, ustedes, que nunca han creído en Él, en esta mañana de claros destellos después de la lluvia, que el Señor les dé también que puedan venir y confiar en Él y vivirán.

“Oh”—me escribe una persona esta semana—“yo he creído que Jesús murió por mí, pero eso no me impide pecar de todas las maneras posibles. Nuestro ministro dice que si creemos que Jesús murió por nosotros, seremos salvos.”

No, no, eso no es el Evangelio, y esa creencia no es la fe en absoluto. No me sorprende que alguna pobre criatura hubiera probado un evangelio así y descubriera que falló. ¿No dicen estos hombres que Cristo murió por todos, y luego declaran que si tú crees que murió por ti (lo que necesariamente debió hacer si murió por todos) entonces eso te salvará y, sin embargo, hay decenas de cientos de personas que evidencian el hecho de que no los salva, sino que pueden creer en esta redención universal pero siguen viviendo como lo hacían antes?

La fe consiste en confiar en Jesucristo. Esa es la única fe salvadora. No puedes confiar en Él y no ser sanado; no puedes poner tu confianza en Cristo y seguir siendo tal como eres, pues hay un poder en Cristo que es aplicado por la fe, que cambia el carácter y convierte al pecador en un hombre nuevo para alabanza y gloria de Dios. Que el Señor los bendiga por Su misericordia. Amén.

**Porciones de la Escritura leídas antes del sermón—
Mateo 26:57-68; y 27:27-31.**

Nota del traductor:

La palabra “stripes” que aparece en la versión King James en inglés, es traducida de diversas maneras en las diferentes versiones en español: ‘llaga,’ ‘contusiones,’ ‘cardenales,’ ‘heridas,’ ‘azotes,’ etc. Hemos usado esas palabras indistintamente a lo largo de nuestra traducción.

Tyburn: lugar donde se efectuaban las ejecuciones públicas en la horca, en Londres.

Materia médica: conjunto de los cuerpos orgánicos de que se obtienen medicamentos.

<http://www.spurgeon.com.mx/sermones.html>

Oren diariamente por los hermanos Allan Roman y Thomas Montgomery, en la Ciudad de México. Oren porque el Espíritu Santo de nuestro Señor los fortifique y anime en su esfuerzo por traducir los sermones del Hermano Spurgeon al español y ponerlos en Internet.

**Sermon #834—Volume 14
THE UNIVERSAL REMEDY**